



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN.

Reflexión anual del animador Laudato Si'.

Presenta:
Steve Mora Sosa.

Diciembre de 2024.



Semillas de esperanza: Mi primer año de conexión y cuidado con la Tierra.

El eco del primer ciclo completo como animador Laudato Si' resuena en mi interior como un tambor lejano, constante, profundo. No es fácil poner en palabras todo lo que este año ha significado, porque no solo ha sido un recorrido de acciones externas, sino un viaje hacia adentro, hacia lo más profundo de mi ser, donde los elementos y la conexión con la tierra me han enseñado tanto como las personas con las que he compartido este sendero. Al iniciar este camino, sentí que respondía a un llamado que venía de mucho más allá de mí. Era la tierra misma la que hablaba, la que exigía cuidado y atención, la que susurraba en los vientos y crujió en las raíces. Me parecía imposible no responder. Así, con las manos dispuestas y el corazón abierto, comencé a caminar, sin saber que este compromiso no solo me transformaría a mí, sino también mi forma de mirar al mundo.

La tierra siempre ha sido maestra. En sus ritmos, sus pausas y sus explosiones de vida he encontrado las lecciones más valiosas. Este año, he aprendido a escuchar su lenguaje, uno que no se articula en palabras, sino en silencios cargados de significados, en el susurro de las hojas cuando el viento pasa, en la firmeza del suelo bajo los pies y en la mirada paciente de las estrellas que nos observan desde la distancia. Cada estación, cada ciclo lunar, cada cambio en el paisaje ha sido un recordatorio de que todo está en constante transformación y que el equilibrio no es algo que se alcanza una vez, sino un estado que se construye y reconstruye constantemente. He encontrado consuelo en la certeza de que la naturaleza no pide perfección, sino cuidado. Así como el río no fluye sin obstáculos, tampoco este camino ha sido fácil. Pero en cada piedra he descubierto una oportunidad de crecer, de adaptarme, de entender que la resistencia no está en la rigidez, sino en la capacidad de fluir.

Sin embargo, no todo ha sido armonía. En más de una ocasión he sentido frustración, cansancio e incluso enojo. Este año me ha mostrado la profunda desconexión que muchos tienen con la tierra. He visto cómo algunos se adornan con títulos y palabras bonitas, pero sus manos permanecen limpias, lejos de la tierra, lejos del esfuerzo real que implica cuidar la creación. Es un dolor que pesa, una decepción que a veces amenaza con apagar la chispa de entusiasmo con la que comencé. Pero luego pienso en las semillas que hemos plantado, en los rostros de las personas que, aunque sean pocas, han despertado gracias a pequeños actos. Pienso en las manos que se ensucian conmigo, en las voces que se suman al llamado de la tierra, y encuentro en ellas la fuerza para seguir. Porque si algo he aprendido este año es que no trabajamos por reconocimiento, sino por amor. Amor a la tierra, amor a las generaciones futuras, amor a nosotros mismos como parte inseparable de este gran círculo de vida.

He reflexionado mucho sobre lo que significa realmente cuidar la creación. No es solo plantar árboles o reciclar, aunque esas acciones son importantes. Es algo más profundo, más personal. Es un compromiso que trasciende lo visible, que se refleja en la manera en que vivimos cada día. Cuidar la creación implica cuestionar nuestros propios hábitos, desafiarnos a ser más conscientes y coherentes. Implica mirar a la tierra no como un recurso a explotar, sino como un ser vivo con el que compartimos un vínculo sagrado. Es un pacto que hacemos no solo con el mundo que nos rodea, sino con nosotros mismos, un recordatorio constante de que somos parte de algo mucho más grande, un todo interconectado donde cada acción cuenta, por pequeña que parezca.

En este año, he descubierto que la verdadera espiritualidad no está en las palabras ni en los rituales vacíos, sino en los actos cotidianos de respeto y cuidado. La he encontrado en el crujió de las hojas bajo mis pies, en

el aroma de la tierra mojada después de la lluvia, en la sensación del sol calentando mi piel mientras trabajo al aire libre. He sentido la presencia de algo sagrado en la conexión que surge cuando me detengo a observar la perfección de una flor, la fuerza de un árbol o la danza de las nubes en el cielo. La espiritualidad del cuidado es simple, pero profunda. Es una manera de estar en el mundo que reconoce la belleza en lo que otros podrían considerar insignificante y que entiende que cada pequeño gesto tiene un impacto.

Pero este camino no es solo individual. También es colectivo. Me he dado cuenta de que, aunque el compromiso personal es fundamental, el verdadero cambio solo puede lograrse si trabajamos juntos. Esto ha sido tanto un motivo de esperanza como un desafío. Porque aunque he encontrado compañeros y compañeras que comparten esta visión y trabajan con pasión, también he tenido que enfrentar la apatía y la indiferencia de quienes, teniendo el poder y los recursos para hacer una diferencia significativa, eligen no actuar. Es una realidad dolorosa, pero no puede ser una excusa para rendirse. Si algo he aprendido este año es que incluso cuando las estructuras parecen inmóviles, las raíces pueden abrirse paso. Y nosotros, como la tierra misma, debemos ser pacientes, persistentes y creativos.

Cierro este ciclo con una mezcla de emociones. Siento gratitud por todo lo aprendido, por las conexiones formadas, por los pequeños logros que, aunque modestos, son semillas de algo mayor. Pero también siento un llamado urgente a seguir adelante, a no bajar la guardia, a continuar trabajando por un mundo donde el cuidado de la tierra no sea la excepción, sino la norma. Porque aunque hemos avanzado, aún hay mucho por hacer. La tierra sigue gritando, y no podemos permitirnos el lujo de ignorarla.

Este año ha sido un recordatorio constante de que el cambio no es fácil, pero es posible. Y aunque el camino a veces parezca largo y solitario, sé que no estoy solo. Cada árbol, cada río, cada montaña, cada estrella son compañeros en esta jornada. Y cada persona que decide escuchar el llamado de la tierra, que elige actuar desde el amor y el respeto, se convierte en parte de este círculo sagrado que nos une.

Así, con el corazón lleno de gratitud y esperanza, miro hacia el futuro. Sé que habrá nuevos desafíos, pero también nuevas oportunidades. Y mientras haya vida, mientras haya tierra bajo mis pies y aire en mis pulmones, seguiré trabajando por la creación, por el equilibrio, por el círculo sagrado del que todos formamos parte.

Gracias por la oportunidad de ser leído.

Atentamente,

La Verdad nos hará libres.

Steve Mora Sosa.

Animador Laudato Si'.



“Comienza haciendo lo que es necesario, después lo que es posible y de repente estarás haciendo lo imposible”.

San Francisco de Asís.